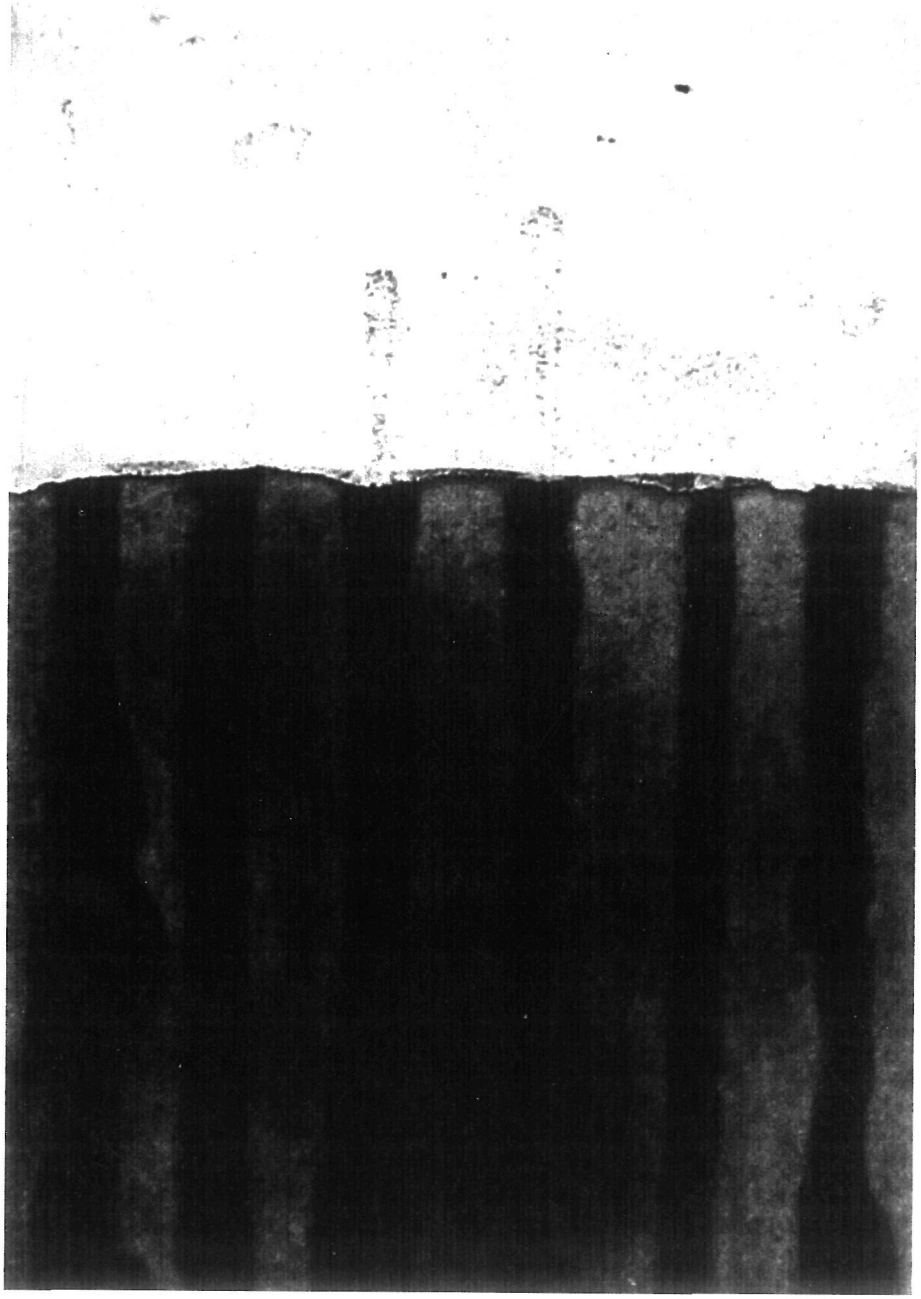

Experiencia: imitación, limitación

Javier Gomá

EL COMÚN DE LOS MORTALES

Se entiende por «mundo» la organización efectiva de la realidad en la que se encuentran existiendo todos los entes. El mundo –como ente de razón meramente pensable– podría ser de muchas maneras pero, de hecho, exhibe una estructura fija que se hace presente en todas las experiencias que acompañan a los hombres. El amor, el dolor, la dicha o la angustia admiten una pluralidad de clases dependiendo de las circunstancias que den lugar a esas emociones y del sujeto que las sienta; pero, en todos los casos, son estados de conciencia que tienen cabida en el reino de este mundo y, en esa misma medida, están determinados por él. De suerte que quien ama, sufre, goza o se angustia lo hace, sin duda, a su manera, pero al mismo tiempo forzosamente lo hace también a la manera de un mundo que establece el marco de lo posible y de lo imposible para la experiencia del hombre; si tiene esas u otras experiencias, con toda la variedad de modulaciones que se quiera, se debe a que caben en los dominios del mundo dado: siempre es el mismo vaso el que le da de beber. Por consiguiente, quien experimenta algo *del mundo* está paralelamente experimentado *el mundo* en sí, el cual es el mismo para todos.

De lo que se sigue que nadie tiene derecho a atribuirse una competencia exclusiva sobre el mundo, porque el mundo pertenece a todos: ¡el mundo es de todo el mundo! Llamaremos experiencia a esa unitaria «experiencia de la vida» que tiene por objeto el mundo en general, el cual se manifiesta como una invariante que estampa su sello en las plurales experiencias siendo a la vez conceptualmente deslindable de ellas. Es, por tanto, una experiencia general y de lo general del mundo. No se aceptará como parte del mundo aquello que sólo una porción de sujetos dice experimentar; por ejemplo, ciertas vivencias de lo divino o ciertas esperan-

zas ultraterrenas y los credos que las sustentan, pues no es algo que quepa presumir en todos sin que por ello haya que reputar a quienes carecen de esas esperanzas como personas privadas de experiencia o de experiencia incompleta.

La experiencia será ese espacio comunitario de lo que sucede a todos los hombres por el hecho de serlo y que en cuanto tales todos ellos inexorablemente comparten. Así, los hombres nacen en distintas ciudades y países, pero todos participan del dato de nacer; unos gastan su vida de un modo y otros de otro, pero todos ellos envejecen; a unos la muerte les sorprende en una fase temprana de su desarrollo y a otros les permite cumplir el ciclo vital, pero todos mueren. Una ontología que estudia el ente en cuanto ente –el ente en cuanto susceptible de experiencia universal– ha de interesarse por esas constantes que el mundo, debido a su efectiva organización, impone siempre a las biografías humanas cualesquiera que sean las circunstancias que las envuelven, siendo la más fundamental y comunitaria de esas constantes el universal vivir y envejecer de todos los hombres, o experiencia de la propia mortalidad.

Lo que es universal es también igual para todos. La locución coloquial «el común de los mortales», designa con rara exactitud el universalismo igualitario inmanente a la experiencia fundamental del vivir y envejecer por cuanto se refiere a una comunidad formada por entidades de idéntico rango finito.

Ahora bien, que la experiencia fundamental del mundo esté abierta igualitariamente a todos no significa, sin embargo, que todos, en un plano histórico y práctico, la vivencien en las mismas condiciones y con la misma fuerza y conciencia. Es obvio que para todo el mundo pasa el tiempo y en este sentido todos sin remedio envejecen. Pero una cosa es el hecho *físico* de morir y otra la experiencia *moral* de la mortalidad. Para conocer esta segunda el sujeto precisa de una disposición personal que se obtiene sólo después de haber tomado una decisión sobre su propia vida. La filosofía se ha ocupado extensamente de las etapas de la historia universal y de la historicidad del sujeto pero muy poco o nada de la historia de éste; una filosofía de la historia del sujeto muestra que el hombre, en el camino de la vida, atraviesa dos estadios, el estético y el ético –compendio de toda la experiencia del hombre– y que la capacidad para la experiencia fundamen-

tal sobre la propia mortalidad está reservada al segundo de esos estadios.[1]

Durante el estadio estético, el hombre flota en el éter de la eternidad infantil-adolescente, en un estado de intemporal y abstracta autoposesión al margen de la economía real del mundo; como vive en proyecto con carácter previo a su determinación individual, se permite jugar con todas las infinitas posibilidades existenciales sin aún definirse. Es una existencia en potencia que desconoce la actualidad de lo que realmente hay en el mundo y en consecuencia se halla sustraída a la experiencia fundamental del hombre. Para alcanzar ésta, ha de progresar en el camino de la vida y avanzar hacia el estadio ético en un complejo proceso de generalización del yo.

Se generaliza quien abandona el «todo de la subjetividad» adolescente y se decide valerosamente a dar el paso de participar en el «todo del mundo». Al hacerlo se obran en él dos transformaciones: primero, se hace solidario de los demás hombres en la experiencia de ser mortal; y segundo, al hacerse mortal adquiere también, de añadidura, la forma de su individualidad más propia porque la muerte es un atributo exclusivo de los entes individuales mientras que el resto de los entes se extinguen pero, en propiedad, no mueren nunca al permanecer eternamente en el género que les da el ser.

El yo generalizado que, dejando atrás el estadio estético, se introduce como entidad mortal en la eticidad de la vida, se constituye, pues, en individuo en el sentido propio de la palabra y se encuentra ya en condiciones de experimentar inmediata y directamente el mundo en general. Al entrar en el mundo de la experiencia, que tiene estructura ejemplar-personal, dicho individuo avanza por el camino de la vida a la busca de un «quién» semejante en forma y figura a él pero ontológicamente mucho más verdadero, poderoso y necesario, que personifique ante la mirada de su conciencia un modelo perfecto de lo humano, el ejemplo personal de una existencia plena, lograda y significativa sobre la tierra. De haber un tal arquetipo dentro de los confines de la experiencia, imitar ese ejemplo se le impondría al hombre con la fuerza de una necesidad lógica porque hallaría en esa praxis una conexión con el

[1] Cfr. *Aquiles en el gineceo*, Primera Parte, «Estadios en el camino de la vida».

significado general del mundo y la culminación de sus presentimientos y de sus más hondas expectativas.

Ahora bien, ese Adán antes evocado, ¿es o no una perfección posible en este mundo? Sin duda, el mundo de la experiencia ya no es el paraíso descrito por Milton como «un lugar que inspiraba gozo en el corazón y un deleite primaveral capaz de desterrar toda tristeza».[2]

EL ESTADIO ÉTICO DURA MUCHO

Abandonamos el gineceo de nuestra adolescencia y nos embarcamos en las naves griegas con los demás héroes en dirección a Troya, donde moriremos en la pelea a la vez que ganaremos un nombre, el de nuestra individualidad personal. Esa travesía marítima simboliza el paso del estadio estético al ético, paso que, al principio, cerca todavía el momento de la decisión que lo motivó, está impulsado por la voluptuosidad que suele acompañar a la autorrenuncia. Dejamos atrás una existencia cómoda, disfrutando de una ociosidad subvencionada al abrigo de toda necesidad, y la cambiamos por una experiencia muy cruenta. Hay en los primeros instantes un vivo apetito de finitud, un deseo de ser mortalmente individual, un placer en vivir y envejecer como todo el mundo, una hospitalidad en transitar el ancho cauce por el que discurre el común de los mortales; pero pasa el tiempo, el primer impulso declina y se impone el principio de realidad. Viene a la memoria la exaltación colectiva que envolvió a los soldados de la Gran Guerra cuando fueron despedidos en las estaciones de ferrocarril por las multitudes, entre banderas ondeantes y canciones patrióticas, olvidadas en apariencia de que la mayoría de esos jóvenes partían hacia una muerte segura y de que esos himnos se tornarían pronto en elegías.

Una vez en el campo de batalla, lo arduo es no desesperar en las trincheras; de igual modo, una vez instalado en la experiencia, lo más difícil es permanecer en ella, porque allí la existencia se hace gravosa y el estadio ético –esto es algo que se descubre cuando se halla uno ya muy dentro de él– dura realmente mucho. Aquiles dejó el confortable gineceo donde pasó su desdibujada adolescen-

---

[2] J. Milton, *El paraíso perdido*, *op. cit.*, p. 185.

cia para prestar un alto servicio a la comunidad a la que pertenecía y conquistar así gran gloria para su nombre, aun a costa de hacerse mortal y además morir joven, en la flor de la edad. ¿Qué hubiera ocurrido si, en lugar de ese precipitado final, su destino hubiera sido permanecer en las tiendas griegas, junto a la orilla del mar, años, lustros, decenios, acaso la vida entera hasta la ancianidad, soportando el lento discurrir de las horas, comprometido en la pelea todos los días, uno tras otro, sin comodidad ni regalo, una vez que la ebriedad de la decisión primera ha sido reemplazada por una lenta monotonía?

Es verdad, también en el mundo de la experiencia hay *momentos* de intensa gratificación estética: el placer de ser en acto y de observar cómo el tiempo va tallando poco a poco en el bronce de la propia vida la efigie de la individualidad; el placer de producir, de ganarse la vida y de ocupar un lugar en el mundo a través del desempeño profesional de un oficio; el placer de reproducirse cuidando con ternura de los frutos del amor; y otros miles de placeres discretos, satisfacciones físicas y morales de naturaleza subalterna compatibles con la posición en el mundo que ha ganado con tanto esfuerzo y que quiere conservar.

Pero, mientras permanezca en la experiencia, el yo no vuelve a recuperar nunca más el centro absoluto que antes le pertenecía. Más importante aún, acaba comprendiendo que nada, en esta segunda y definitiva etapa, sustituirá la efervescencia de aquel primer eros. Por un lado, el hombre ético no quiere sorpresas ni novedades que amenacen lo que con tanto trabajo ha acumulado y que sólo mediante rutinas progresa. Pero, por otro, el deseo estético abrió en su pecho estancias nuevas que, cuando las abandonó, quedaron desocupadas para siempre y cerradas bajo siete llaves. Pasan los días y los años soportando los ritmos demorados de la experiencia y el yo se acuerda a menudo de ese lugar de alegrías y penas infinitas, tan ruidosas, que no le daban felicidad pero sí intensidad, y que ahora ve vacío.

Olga, una mujer joven y bella, confiesa a Shtolz, su amado marido, que a veces le invade la tristeza sin saber por qué. Esto sucede al final de la novela *Oblomov*, cuando ambos, recién casados, se dicen a sí mismos por separado «¡qué feliz soy!» y, sin embargo, ella, en medio de su dicha, se queda a veces pensativa y con un sentimiento

de desasosiego, como si echara algo de menos. «¿Será posible que se haya cerrado ya el círculo de mi vida? ¿Será posible que esto sea todo...todo...?», se preguntaba, mientras contemplaba en la naturaleza que le rodeaba el curso ininterrumpido y uniforme de su vida, sin principio ni fin. Hasta que una tarde, paseando del bracete por una avenida de álamos, se sincera con su marido y le comunica su incomprensible mal, que él ya había adivinado. Shtolz, después de meditar en silencio, le contesta que «no se trata de una tristeza exclusivamente tuya, es el mal general de la humanidad» y le habla de la necesidad, en cierto momento, de rebajar las expectativas excesivas y aceptar humildemente los límites de la realidad como un nuevo elemento de la vida, pues «no somos titanes». Le explica que ese sentimiento le nace porque ha madurado, ha alcanzado «una edad en la cual se deja de crecer...cuando ya no hay misterios y la vida se abre toda para ti». En una conversación memorable, entrecortada por mutuas interrupciones, continúa diciéndole:

> No, tu tristeza y tu angustia, si es lo que yo creo, son más bien indicio de fuerza...Una mente inquieta, activa, trata de traspasar los límites del humano conocimiento y entonces, al no encontrar respuestas, aparece la tristeza...un descontento temporal por la vida...Es la tristeza del alma que interroga a la vida sobre su misterio. [...] No sólo tienes que soportar esta tristeza, sino amarla, respetar las dudas y las preguntas. Son el exceso, el lujo de la vida y hacen acto de presencia cuando se llega a la cima de felicidad, cuando no se tienen burdos deseos. [...] Las dudas refrescan la vida. Conducen a uno hacia un abismo que a nada puede responder y nos obligan a contemplar la vida con mayor cariño. Incitan nuestras experimentadas fuerzas a luchar contra ellas, con el propósito, tal vez, de no dejar que se duerman.[3]

Olga escucha de los labios de su marido un último consejo: «Hasta el presente has estado aprendiendo a vivir, pero tendrás que soportar la vida cuando lleguen las penas, los sinsabores y ¡llegarán! Entonces todos los problemas perderán importan-

---

[3] I. Goncharov, *Oblomov*, Barcelona, Alba, 1999, trad. de L. Kúper de Velasco, pp. 602-604.

cia...¡Reserva tus fuerzas!» Se necesita en verdad poner a contribución todas las energías disponibles para permanecer en la economía del mundo. Porque el mundo de la experiencia se presenta como un sistema que permite el nacimiento de los ejemplos personales pero, una vez nacidos y vivientes, les da el tratamiento de ejemplos impersonales regidos por una ley general y abstracta de la naturaleza. Este malentendido de lo real con la persona es algo que el yo experimentado, familiarizado con las precondiciones objetivas del mundo, acaba probando tarde o temprano, con independencia de cómo le haya ido personalmente en la vida. Y prende en él un sentimiento de perplejidad semejante al de Olga: ¿Ya se ha cerrado para mí el círculo de la vida? ¿Era esto todo? Y empieza a oír en lo más profundo de su yo el murmullo de las ascuas del antiguo incendio estético que piden ser reavivadas.

He aquí la tentación del retorno al estadio estético susurrada por el *demonio del mediodía* al oído del hombre ético que, cansado de vivir sin novedad ni sorpresa, vacila ante la seductora incitación de abandonar la experiencia.[4] Y algunos, en un acto de comprensible regresión, intentan salir de las angosturas de *la* experiencia la vida con la pretensión de tener *muchas* experiencias cediendo a un eros jovial recuperado a deshora. Nótese que esto es exactamente lo que le ocurrió a Alonso Quijano quien, registra Cervantes con precisión, «frisaba la edad con los cincuenta años» cuando resolvió dejar atrás la existencia anterior de hidalgo pobre y deslucido y salió por las tierras de La Mancha a correr grandes aventuras, tras inventarse una enamorada y una misión épica –cambios en casa y oficio: las dos instituciones de la eticidad que otorgan al hombre su posición en el mundo–. Son bien conocidas las venganzas que se toma la realidad en el hombre que se obstina en contradecirla así como las humillaciones que hubo de padecer Don Quijote quien, con sus nobles locuras, dio nombre a todos los intentos tan humanamente conmovedores como imposibles de ignorar la organización efectiva del mundo.

Luego están los que nunca han progresado en el camino de la vida y, pese a una apariencia de respetabilidad ética, mantienen su

---

[4] Cfr. «El demonio del mediodía», *Babelia*, 29 de enero de 2005, recogido en VV.AA, *El País de Don Quijote*, Madrid, Punto de Lectura, 2006, pp. 65-72.

corazón arraigado en el estadio estético hasta avanzada edad o quizá para siempre, resistiéndose íntimamente a la generalización de su yo y acunando ciertas exageradas expectativas sin decidirse a contrastarlas con la experiencia real. Esta actitud es muy frecuente en la presente etapa de la cultura, de acentuado esteticismo, en la que el hombre ha tomado conciencia de sí mismo como totalidad y no admite como antes integrarse en un cosmos que lo trasciende. La cultura moderna, en efecto, le suministra incontables pretextos para retrasar *sine die* ese compromiso con la realidad haciendo del gineceo su domicilio permanente, en el cual, una mañana tras otra, se repite a sí mismo «ahora va a ocurrir lo bueno», aunque todas las tardes vea retrasarse una vez más el cumplimiento de ese esperado acontecimiento que vendría a redimir la vulgaridad de su vida.

Un buen ejemplo de ello es Emilio Brentani, el protagonista de *Senectud*, de quien Svevo traza en las primeras páginas de su novela una semblanza en términos tales que todo lector puede ya anticipar la melancolía de las últimas, cuando el mundo le haya colocado en el poco airoso sitio que tiene reservado a personalidades como la suya. A sus treinta y cinco años, Brentani

> creía seguirse hallando aún, tanto en la vida como en el arte, en una etapa preparatoria, y en su fuero interno se consideraba a sí mismo como una máquina genial y de gran potencia que está construyéndose pero que aún no ha entrado en funcionamiento. Vivía siempre a la expectativa, más bien impaciente, de algo que iba a surgir en su cabeza, el arte de no sé qué que iba a llegarle de fuera, la suerte, el éxito, como si la edad de las mejores energías no hubiese sido superada aún.[5]

LEY DE VIDA

El lema «Et in Arcadia ego», que aparece por primera vez en la historia de la cultura en un cuadro de Guercino de 1621, ha sido interpretado en la tradición pictórica de dos maneras bien diferentes y cada una de estas lecturas aporta una cierta variante

[5] I. Svevo, *Senectud*, Barcelona, Acantilado, 2006, trad. de C. Martín Gaite, p. 9.

en la composición.[1] Unos supusieron –como el propio Guercino– que el «ego» del lema era la Muerte, simbolizada por una calavera parlante, la cual declara, ante unos pastores atemorizados, que ella está presente en todos los sitios y *también en Arcadia*, región de la abundancia, la belleza y la felicidad; en consonancia con la teología moral medieval, la célebre frase contiene, pues, un *memento mori* que previene a los hombres contra el disfrute de placeres efímeros y el insensato anhelo de riquezas que el tiempo devora, advirtiéndoles que el luctuoso final acaso les sobrevenga a ellos antes de lo que creen. Por otra parte, Poussin pintó también en 1635 uno de estos idilios bucólicos pero introdujo en su lienzo un sutil cambio compositivo que alteraba tanto la atmósfera de la escena, aureolada de melancolía, como la expresión de los pastores, en actitud de mantener una conversación galante: la calavera ha sido sustituida por un túmulo funerario, donde yace un pastor; y el lema ahora lo pronuncia este último, quien recuerda que *también él* un día, cuando estaba vivo, fue feliz en Arcadia. Los pastores en torno a la tumba rememoran al amigo muerto y, en una disposición que ya no es moralizante sino dulcemente elegíaca, meditan sobre la triste suerte que también a ellos les espera como sereno contrapunto a los placeres que ahora disfrutan.

Las Moiras tienen preparado para cada mortal un lote personalizado de buena y mala fortuna: pero mientras que hay establecida una tasa máxima irrebasable de buena fortuna en la vida, la proporción de la mala es potencialmente sin tasa. Ni siquiera los dioses inmortales son capaces de influir sobre el trabajo de estas impasibles hilanderas. La tradición de Guercino nos avisa que la negatividad del mundo interrumpe a veces el ritmo natural de la vida humana dejándola trágicamente *sin destino* alguno en tanto que la de Poussin nos convida a meditar sobre esas otras biografías que hasta cierto punto realizan *un destino* sobre la tierra aunque también a ellas les llega siempre su hora tarde o temprano. Vidas con y sin destino: son dos aproximaciones distintas a la misma experiencia del mundo que conviene examinar por separado.

---

[1] E. Panofsky, «"*Et in Arcadia ego*": Poussin y la tradición elegíaca», en *El significado de las artes visuales,* Madrid, Alianza Editorial, 1979, trad. de N. Ancochea, pp. 323 y ss.

Al progresar hacia el estadio ético, el yo hace su entrada en el mundo de la experiencia donde se encuentra con el resto de los hombres que viven y envejecen como él. Y se pregunta a qué clase de destino puede él aspirar en dicho mundo, dada su real y efectiva configuración; qué expectativas es razonable albergar respecto a su vida. Para los griegos la palabra «felicidad» (*eudaimonia*) no designa un estado placentero de carácter subjetivo, sentimental o psicológico, sino una perfección objetiva y, en el caso del hombre, la perfección ética de quien, por vivir y actuar de modo excelente, encarna el mejor ejemplar de su especie. ¿Cuál sería el mejor ejemplar de la especie humana? ¿Cómo podría el yo imitar ese modelo y actualizarlo en su vida?

En su *Ética a Nicómaco* Aristóteles define la felicidad como una actividad del alma de acuerdo con la virtud; dado que la virtud es un hábito que se adquiere por su ejercicio perfeccionando un fondo de disposiciones y modos de ser previos de su poseedor, se diría que la felicidad es una cualidad que está al alcance de quien la desee, con sólo practicarla con la debida constancia hasta hacer de ella una segunda naturaleza. Sin embargo, añade Aristóteles, la felicidad requiere del ejercicio de «la mejor y más perfecta» de las virtudes, y no durante una temporada, sino «durante la vida entera», así como una cierta prosperidad y algunos bienes exteriores, lo cual dificulta mucho su consecución, «ya que muchos cambios y azares de todo género ocurren a lo largo de la vida, y es posible que el más próspero sufra grandes calamidades en su vejez, como se cuenta de Príamo en los poemas troyanos, y nadie considera feliz al que ha sido víctima de tales percances y ha acabado miserablemente».[2]

En materias morales, el momento de verdad reside en el ejemplo, no en el concepto. La disputada cuestión teórica acerca de la felicidad se hubiera solventado si Aristóteles hubiera puesto al menos un ejemplo de hombre feliz en el mundo por haber practicado la más perfecta de las virtudes a lo largo de toda su vida y hasta la vejez, gozando de permanente prosperidad y al abrigo siempre de las calamidades. Pero Aristóteles no lo encontró o no

---

[2] Aristóteles, *Ética a Nicómaco* I, 7-9, en especial 1100ª, edición de J. Pallí en Madrid, Gredos, 1985.

lo puso y ya nunca el hombre ha sabido dar el nombre de una persona que, en la historia universal, merezca llamarse en verdad feliz ni identificar un destino plenamente logrado que le sirva de guía. A falta de un ejemplo único y válido para todos los casos, la necesidad que la conciencia tiene de orientadores ejemplos personales habrá de alimentarse de los incompletos y parciales que le suministra el mundo. Quizá en determinados momentos crea percibir en uno de ellos la ilusión de una perfección humana dichosamente realizada, pero pronto la experiencia le demostrará su insuficiencia y la precipitación de su juicio. A medida que avance hacia el ideal evocado, éste se va alejando como línea del horizonte ante el caminante.

Además, en el mismo acto de imitar el yo experimenta fatalmente todas las predecibles limitaciones de la experiencia. Dice Aristóteles que las criaturas sublunares estamos siempre expuestas a los agravios del tiempo, lo que, aplicado al caso de la imitación de modelos, significa que, incluso de existir un ejemplo perfecto de lo humano, esa imitación chocaría siempre en la experiencia con disonancias y deficiencias estructurales imposibles de eludir. ¿Qué podría decirle un hombre experimentado a otro inexperto que se halla a las puertas del mundo?

Empezaría por decirle que algunas de sus más íntimas aspiraciones, concebidas durante el absolutismo del yo, no son en modo alguno realizables en el absolutismo de la realidad que ahora estrena, y que en consecuencia no se cumplirán nunca, lo que le dejará un poso de frustración. Otras sí son hacederas en principio, pero no llegan a realizarse por las murallas que contra ellas levanta el mundo sin motivo aparente o por una extraña complacencia del azar en desbaratar los planes humanos, convertidos en imposibles por una combinación caprichosa de circunstancias casuales, en especial cuando son manifiestamente justos y dignos, como si la presencia de una cierta medida de positividad en la experiencia deba ser compensada, para restaurar un equilibrio implícito en ella, por una negatividad igual o mayor.

Con la objetividad que le proporciona la distancia de sí mismo que ha conseguido, descubrirá que algunas de las motivaciones que animaban sus planes no eran tan puras como creía, viciadas de infantilismo o de vanidad, mientras que aprenderá a admirar otros

ejemplos de nobleza, sacrificio y humildad para los que estaba ciego su egocentrismo, y con la experiencia compartida del fracaso, despertarán sentimientos de solidaridad, compasión y ternura que no creía poseer en ese grado.

También comprobará que otras veces los deseos sí se cumplen pero que, una vez satisfechos, no era eso lo que quería o que sí era pero que el resultado le deja extrañamente frío o indiferente. Contemplará en el mundo un panorama más rico del que imaginaba y apreciará otras posibilidades de ser distintas de la suya, adornadas con unos evidentes atractivos que relativizan el disfrute de los propios, menguados al compararse con los ajenos. Y es que, al llevarse a cabo el plan trazado, concurrirán nuevas circunstancias no pensadas que le seducirán y despuntarán otros deseos y otros gozos, mientras que la estampa que le devolverá el espejo del mundo cuando se mire en él distará mucho de la graciosa imagen que se había hecho de sí mismo y se resignará a verse objetivado en uno de esos tipos del montón que, cuando de joven los observaba a distancia, le parecían la encarnación misma de una medianía sin relieve.

Y finalmente –y quizá sea esto lo que más honda impresión le habrá de producir– este hombre sin experiencia conocerá que en ocasiones los deseos se cumplen exactamente en la manera prevista pero que la satisfacción que proveen no acaba de compensar el cansancio del cotidiano vivir y toda esos sacrificios, fatigas, responsabilidades y miedos que han costado llevarlos a cabo. El hecho mismo de existir comporta menudos pero agobiantes compromisos con uno mismo y con los demás que absorben gran cantidad de las energías disponibles, de modo que sólo puede contar con las sobrantes para la ejecución de los planes más personales y, en la ejecución de éstos, hallará que uno mismo es el principal obstáculo a causa de la amplitud de las propias limitaciones intelectuales, morales, sentimentales y físicas, que sólo en ese momento se acusan en su auténtica dimensión. Si, superando todas estas dificultades, por último diera cima al proyecto, el placer que proporciona su culminación es dudoso, vacilante, incapaz de apagar las fuentes del humano desear, además de que lo conseguido está siempre expuesto a corromperse, como lo están también las vidas de esas personas amadas que poco a poco, como goteo incesante, van dejando el mundo y cuya ausencia hace de éste un lugar me-

nos habitable. Y pese a la modestia de esta posesión, no habrá día en que no le angustie el miedo a perderla.

Si tiene la buena fortuna de envejecer, cada día iniciará la jornada con fuerzas vespertinas y sentirá el cansancio de existir y, aunque siga quizá albergando deseos, dejará, desengañado, de buscar ese ideal difuso que había presentido de joven. ¿Cuál es el engaño del que la experiencia le desengaña? La ilusión de que el mundo colmaría sus expectativas de alguna manera cuando, de hecho, las va estrechando como las varillas de un abanico al plegarse, consumando así *la derrota de la imitación por la limitación*. La hermosa ensoñación habrá contribuido a hacer soportable quizá un trecho del camino pero cuando el agente corrosivo que es consustancial al devenir se haya extendido por todas partes poniendo cerco a un yo cada vez más debilitado, el espejismo se desvanecerá como vapor ante una racha de aire dejando al descubierto las ruinas en las que ya para entonces se habrá convertido su vida.

Ni siquiera el más inexperto de los hombres ignora el último renglón de esta fenomenología de la experiencia. Esa misma fatiga de vivir le persuade al anciano, al final del largo estadio ético, a esperar «su hora» si no con conformidad –siempre se muere demasiado pronto–, sí con la deportividad de quien ha aceptado las reglas del juego y sabe que, tras apostar en la ruleta de la fortuna y perder, ahora le toca sufrir la bancarrota total. Quien, durante la eticidad, fue envejeciendo lentamente en la experiencia, con tiempo para familiarizarse con su condición mortal, la muerte no representará una sorpresa aunque tampoco un hecho natural, pues nunca la destrucción de la individualidad autoconsciente admite reducirse a un mero *caso* de generación y corrupción en el orden de la naturaleza. Y, sin embargo, el mundo no hace nada para sostener a ese yo desvalido y sin uso que para los demás ha venido a ser una carga muy gravosa y que pronto, cual peso muerto, se dejará caer para siempre en el descanso de la tierra.

A la vuelta del entierro, los que aún sobreviven en la experiencia se consolarán pensando que quien ahora la abandona al menos completó el ciclo vital disfrutando de un digno destino sobre la tierra y se dirán, en un tono de resignación ante lo inevitable: «ley de vida».

EXPERIENCIA SIN PROVIDENCIA

Si nos felicitamos de que alguien *al menos* haya disfrutado de un destino en este mundo se debe a que, como se observa a diario, son innumerables las vidas humanas que pasan por él sin aparente destino. Para ellas el «et in Arcadia ego» del lema pictórico lo pronuncia la Muerte, la cual se complace en cancelar el desarrollo natural de muchas de estas vidas cuando se hallan en su plenitud, o a veces las golpea mortalmente permitiéndolas subsistir algún tiempo como muertos vivientes, mientras que otras las busca ya antes de que lleguen a Arcadia para, sin dejarles pregustar siquiera la alegría de vivir, aplastarlas atrozmente bajo un alud de desgracia y miseria. Es otro mundo con respecto al desengaño que va creando a su paso la ley de la vida mientras va surcando de arrugas el rostro del hombre y debilitando sus rodillas: el escenario cambia ahora a un paisaje devastado y sin ley, arrasado por un ángel de desolación y exterminio.

Esa misma doble perspectiva se aprecia, por ejemplo, en la obra de Goya quien, siendo pintor palaciego y cortesano, refleja en los retratos de la familia real y de la nobleza de la época la acción del envejecimiento y de la derrota operando sobre sus rostros, asombrosamente individuales y mortales; pero al mismo tiempo, en sus grabados y aguafuertes, como los *Caprichos* (1799), Goya también explora ese otro submundo de figuras deformes y casi monstruosas de la superstición y la brujería, mientras que, desde 1810, con la serie de *Los desastres de la guerra* entra en la historia del arte una representación del hombre radicalmente contrahumana, sin orden ni simetría ni principio de belleza que la redima, donde el ojo que la contempla no puede hallar en ningún sitio alivio ni salida, ni siquiera el respeto por una dignidad ultrajada, sino tan sólo, valiéndose para ello de una imagen antropomórfica, la más insoportable negación de lo humano.

Esas estampas goyescas de ejecuciones en masa, sórdidas mutilaciones, macabras torturas y masacres, fusilamientos colectivos por pelotones anónimos y enterramientos de cadáveres amontonados van más allá de la crítica ilustrada a las costumbres oscurantistas porque dibujan un antimundo cuya bestial violencia, iniquidad moral y horror generalizado producen en el espectador un efecto de anonadamiento que los cáusticos rótulos puestos por el autor –entre otros,

Para eso habéis nacido, *Y no hay remedio*, *Enterrar y callar*, *¿Por qué?*, *Esto es peor*, *No hay quien los socorra* o *Carretadas al cementerio*, precedidas por la primera *Tristes presentimientos de lo que ha de acontecer*– no hacen sino acentuar aún más, como si el artista, desde su posición externa a la escena, semejante a la del hado o la divinidad, se recreara en negar hasta el menor atisbo de un poder providente sobre el mundo, entregado al nihilismo de un horror que arrasa con todo y descarga salvajemente su ira contra el hombre.

El mundo se comporta como un verdugo sádico con algunos, triturados por su cruel economía. No han de reputarse a éstos meros epifenómenos de la experiencia sino, antes al contrario, ingredientes de pleno derecho de ella, la cual unas veces deja espacio para que se desenvuelva la mortalidad humana, manteniendo por un tiempo a raya el lote negativo que le tiene reservado y administrándoselo en prudentes dosis, y otras, sin criterio definido, parece como si se abandonase a una orgía de una negatividad potencialmente infinita por vía de sanguinarios conflictos entre los hombres (como en las estampas goyescas), catástrofes naturales, enfermedades o trágicos accidentes.

No basta con conceder, como se hace a menudo, que este mundo es problemático o enigmático. Es más que eso. Las vanguardias históricas, artísticas y literarias –surrealismo, cubismo, dadaísmo o expresionismo–, han devuelto a la superficie de la realidad los demonios de la locura, el absurdo y el sinsentido que una razón demasiado idealista había intentado esconder en los sótanos de la cultura. ¡Son tantos los ejemplos de vidas rotas y malogradas, tachadas prematuramente, en las que no es posible siquiera adivinar una insinuación de destino personal! Por eso a los dos modos de ser contingente que es uso distinguir en la ontología, para el caso de la experiencia se hace imprescindible añadir un tercero, que con su negrura ensombrece los dos anteriores.

En el estadio estético el yo contempla desde fuera el surtido de las posibilidades existenciales que le ofrece la experiencia y duda cuál elegir porque la misma pluralidad de las opciones demuestra, al relativizarse unas a otras, que todas son de una manera pero podrían ser de otra y que en consecuencia no hay en ellas auténtica necesidad; en el estadio ético, cuando el yo acaba eligiendo una de esas posibilidades, experimenta la intrínseca mortalidad de

su ser individual y toma conciencia no sólo de que podría ser de otra manera sino, con mayor radicalidad, que algún día dejar de ser, morirá. Éste es el curso paradigmático del camino de la vida que recorren quienes son bendecidos por una fortuna favorable. Pero otros, para quienes la bendición se torna condenación, son apartados del camino común con tanta brutalidad como falta de justificación y sus destinos anulados aun antes de haber llegado a ser. Poder ser de otra manera y morir algún día son los dos modos típicos de la experiencia contingente, pero a esos dos hay que agregar un tercero quizá atípico pero realísimo: el aborto de ser.

Considerando lo anterior, no es razonable conjeturar, en el terreno de la experiencia, la mano de una inteligencia o de una voluntad que prevea y, previendo, provea al yo de las condiciones necesarias para realizar su más alta posibilidad como hombre. Más bien sucede lo contrario: caminando un tiempo en el estadio ético, no mucho, se constata pronto la capciosa conspiración de los elementos del mundo para frustrar la expectativa de un arquetipo ideal que en un primer momento otros elementos de ese mismo mundo parecían prometer. ¡Mundo injusto! Ostenta una estructura ejemplar-personal pero maliciosamente carece de una teleología que guíe a los ejemplos personales a la cercanía del «ser». No hay arte ni industria que logren conjurar la negatividad desproporcionada que impera en su seno y por eso el *dictum* renacentista *virtus vincit fortuna*, que proclama el triunfo del hombre sobre la adversidad, es negado mil veces cada día por una experiencia que no se cuida de remunerar la ejemplaridad de vida. La injusticia se disfraza con harta frecuencia de azar, de modo que, desde esta perspectiva, el azar es paradójicamente la única realidad necesaria que hay en la experiencia porque, a guisa de factor supletorio que actúa cuando fallan los demás, se encarga de llevar a la vida del hombre el infortunio que el destino le tiene preparado para el infrecuente caso de que él con sus libres decisiones no se haya procurado ya por sí mismo su inevitable desgracia. Quien busque vestigios de una providencia en el mundo, no encontrará nada más que la pura arbitrariedad de los signos.

Nada más que eso. Por ello impresiona tanto la espeluznante estampa 69 de los *Desastres*, aquella en la que aparece en primer plano un muerto yacente en escorzo –cuyo avanzado estado de

corrupción ya deja ver las líneas de su esqueleto– que, con medio cuerpo fuera del sepulcro y rodeado de espectrales y terroríficas figuras de la noche, escribe en un papel la palabra verdadera y definitiva que trae desde la ultratumba a los vivientes: esa palabra es «nada». ¿Hubiera sido más apropiado escribir «nadie»? Contemporáneo de Goya, el escritor alemán Jean-Paul inserta en su novela *Siebenkäs* (1796-97) el célebre relato *Cristo muerto, desde lo alto del universo, proclama que no hay Dios*, en el que es el mismo Hijo de Dios, ante una asamblea de reanimados cadáveres, quien, en una escena apocalíptica, anuncia el resultado de su búsqueda a lo largo del inmenso universo: no hay *nadie* en él, dice, nadie que sea su fundamento, su modelo, su arquetipo, su supremo «ser».

En dicho relato el narrador refiere que, hallándose una noche de verano en la cima de una montaña, cayó dormido y soñó que despertaba en un cementerio, donde, al sonar unas campanadas, tumbas y osarios se abrieron. Salieron los muertos en dirección a la iglesia próxima y se congregaron alrededor del altar. Hasta allí descendió desde lo alto una figura resplandeciente al que los difuntos preguntaron: «¡Cristo! ¿no hay ningún Dios?» Y Cristo respondió: «¡Ninguno!» Y continuó su discurso exclamando:

> «He recorrido los mundos, he cabalgado los soles y he volado con las vías lácteas por los desiertos del ciclo pero no existe Dios ninguno. He bajado incluso allí donde el ser proyecta sus sombras y he mirado en el abismo y he llamado: "Padre, ¿dónde estás?», pero no he oído más que la eterna tormenta que nadie gobierna. [...] La eternidad yacía en el caos, y lo roía y se masticaba a sí misma. Gritad una vez más, notas discordantes, destruid las sombras, ¡porque Él no está!» Las lívidas sombras se dispersaron, como el blanco vapor producido por el hilo se disuelve bajo un cálido soplo, y todo quedó vacío. Entonces entraron en el templo los niños muertos que se habían despertado en el cementerio; se arrojaron al pie del altar sobre el que se erguía la figura sublime y dijeron: «¡Jesús! ¿No tenemos padre?» Y él respondió con un soplo henchido de lágrimas: «Todos somos huérfanos, yo y vosotros: no tenemos padre. [...] Llegado a este punto, Cristo miró hacia abajo y sus

ojos se llenaron de lágrimas y dijo: «¡Ay, yo también estuve allí! En aquellos tiempos yo era también feliz, aún tenía a mi padre infinito y miraba aún con júbilo el cielo inmenso y oprimía mi pecho traspasado contra su imagen consoladora. [...] ¡Oh, infelices, después de la muerte vuestras heridas no se curarán!»[3]

Cuando el narrador despertó de su horrible sueño, su alma lloró de alegría, aliviada. Pero es seguro que nunca olvidaría la visión de ese mundo a la deriva y por toda la eternidad huérfano como copia sin modelo. ©

* Este texto pertenece al libro *Necesario pero imposible*, que la editorial Taurus publicará en la primavera de 2013.

[3] A. Marí (ed.), *El entusiasmo y la quietud. Antología del romanticismo alemán*, Barcelona, Tusquets, 1979, trad. de P. Brines.